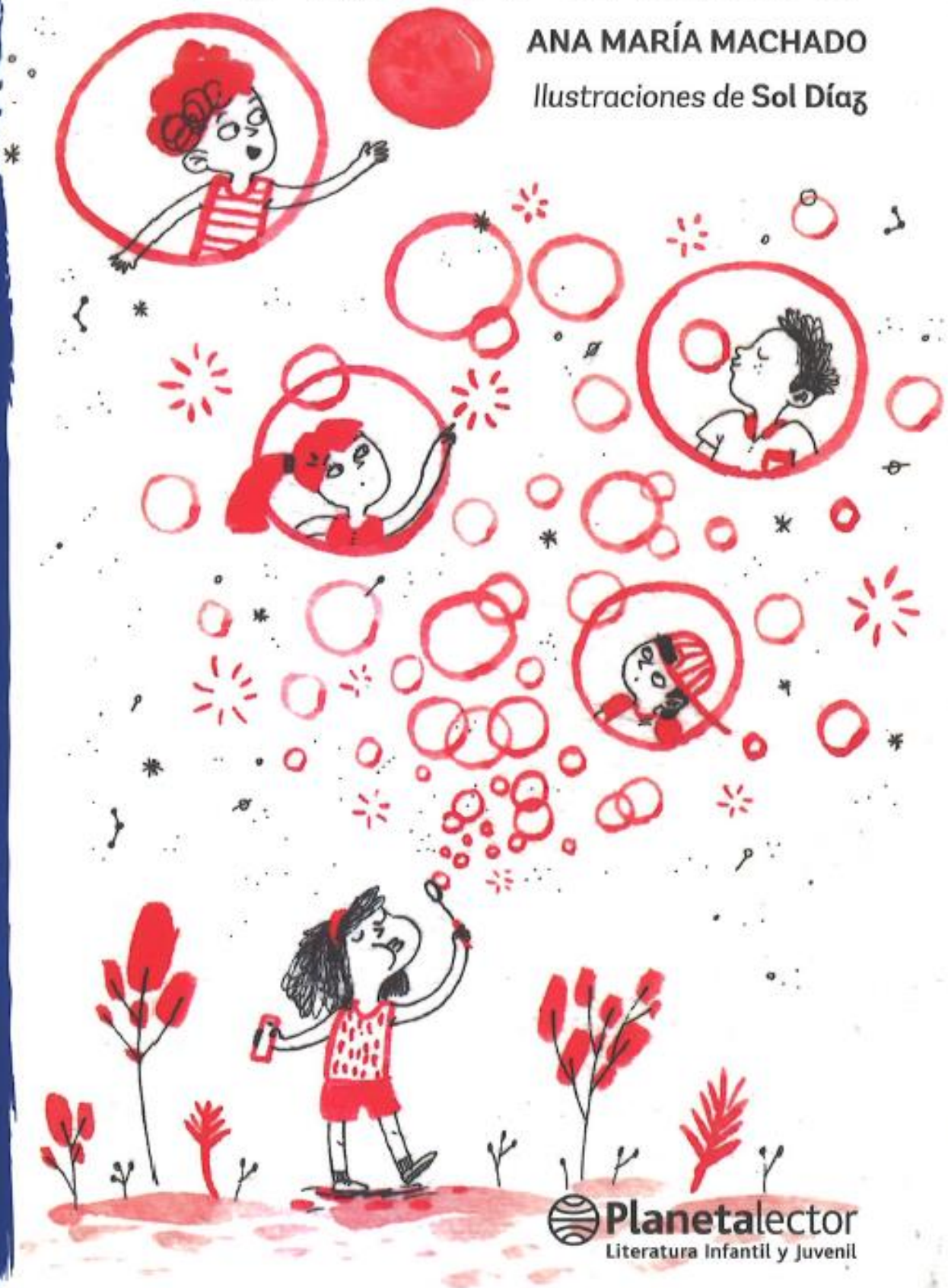
Al don Pirulero

ANA MARÍA MACHADO

Ilustraciones de **Sol Díaz**



Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil

Al don Pirulero

Colección Planeta Azul

© Del texto: Ana María Machado, 2017
© De las ilustraciones: Sol Díaz, 2018

Diseño de colección
María de los Ángeles Vargas T.
Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Primera edición en Chile | diciembre 2018
ISBN | 978-956-9962-64-6

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Al don Pirulero

ANA MARÍA MACHADO

Ilustraciones de **Sol Díaz**

Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil

En la vereda, y escondiéndose por los fondos de las casas del barrio, un grupo de chicos y chicas jugaba después de comer.

El que pasaba por ahí a esa hora podía oírlos cantando:

—Al don, al don, al don Pirulero...

—Cada cual, cada cual atiende su juego...

—Y el que no, y el que no...

—¡Una penitencia tendrá!

Entonces, uno de los chicos decía:

—¿Y qué tenemos que hacer?

Y otro respondía, por ejemplo:

—Bueno, que cada uno imite a un animal sin ruido...

En un instante se callaron todos. Los chicos enmudecieron. Cada uno con sus recuerdos.

Al cabo de un rato, comenzaron a cumplir la consigna. El primero fue Ariel, que se puso a hacer morisquetas mientras se rascaba la panza y la cabeza, un poco agachado pero siempre de pie.

—¡Muy bueno, Ariel! —dijo Lucas—. Tu mono es muy gracioso. Fuiste el primero, así que ya ganaste.

—Entonces ahora me toca a mí elegir qué tienen que hacer ustedes —dijo Ariel.

—Sí, pero espera un poquito, que todavía faltan los demás. Mira a Tito, haciéndose el gallo.

Tito estaba muy gracioso. Agitaba los brazos y sacaba pecho, abriendo la boca como si fuera a cantar, pero en silencio, sin dejar escapar ningún sonido.

—Y Lucía parece una pata... —señaló Ariel.

—Pero una pata medio rara. ¿Qué es, Lucía? —preguntó Lucas.

—Es una pata clueca, ¿no se dan cuenta?

—¡Más que clueca, parece chueca! —bromeó Ariel.

Los chicos se rieron de la broma de Ariel, de la pata desgarbada, del gallo mudo, de todo. Y después miraron a la otra niña. A Nita. Que seguía ahí parada, todo el tiempo de lo más quieta. Solo los miraba con los ojos brillantes y cara burlona y divertida, como conteniendo la risa.

Entonces Lucas le preguntó:

—¿Qué pasa, Nita? ¿Por qué no haces nada? ¿No quieres jugar o no sabes qué animal hacer?

Con una risita, Nita le contestó:

—Así que no lo descubrieron, ¿eh? No se dieron cuenta de nada... ¿Será posible que nadie lo adivine?

Se quedaron mirándola, sin entender nada de nada. Y ella continuó:

—Yo ya gané, porque soy la única que está haciendo realmente lo que había que hacer. Estoy imitando a una animal que no hace ruido. Piénsenlo bien, usen la cabeza. El mono es un animal muy escandaloso; se lo pasa saltando de rama en rama, chillando de acá para allá... Así, miren...

Y Nita se puso a dar unos chillidos muy cómicos, muy desafinados.

—El gallo también —continuó, mirando a Tito—. Hace un ruido terrible, aunque bien entonado. En cuanto asoma el día, ahí empieza con su canturreo...

Miró a Lucía mientras agregaba:

—¡Y la pata clueca, con todo ese cua-cua-cua! ¡Ni que fuera una castañuela!... ¡Casi más ruidosa que una motocicleta!

Enseguida los demás empezaron a protestar.

Y a explicarle:

—Pero nadie hizo ruido, Nita.

—¿Ah, sí? ¿De veras? Pero tampoco nadie imitó a un animal sin ruido, como pidió Lucas... La única fui yo. Y no imité a uno solo; hice un montón.

Fue en ese momento cuando todos protestaron. Murmurando y casi al mismo tiempo, dijeron:

—¡Tú no hiciste nada!

—¡Te quedaste todo el tiempo ahí parada!

—No inventes, Nita. ¡Ni te moviste!

Entonces Nita se puso a explicar:

—¡Lo que pasa es que ustedes no saben descubrir a un animal que no hace ruido y se queda parado! Está el bicho palo... Está la ostra... Y todas las clases de mariscos... O la boa después de llenarse la panza...

Los chicos comenzaron a mirarse entre sí, desconfiados, sin saber qué decir. Nita no paraba de hablar:

—Y algo más. Además, yo gané porque fui la primera. Mientras todos ustedes pensaban, yo ya estaba cumpliendo con la consigna. Ya antes de que Ariel empezara a imitar al mono. En el mismo momento en que Lucas terminó de hablar, yo ya estaba haciendo de bicho palo, ostra, marisco, caballo dormido, oso hibernando, boa digiriendo, tortuga dentro del caparazón... todo eso al mismo tiempo. O sea, animales sin ruido de verdad, no esos intentos de ustedes. La que ganó fui yo.

Lucas volvió a explicarle:

—No entendiste, Nita. No había que hacer a un animal sin ruido. Era la imitación lo que tenía que ser sin ruido.

—Pero no fue eso lo que dijiste —insistió ella.

Lucía decidió intervenir en la discusión:

—Terminemos con esta conversación sin sentido y sigamos con el juego. El que ganó fue Ariel. Ahora tiene que elegir él.

Tito les recordó:

—Pero todavía falta cobrarle la penitencia a Nita, porque ella no cumplió con la consigna. Se quedó todo el tiempo parada.

Los demás aprobaron:

—¡Sí, eso!

—La penitencia es una palmada. Dame la mano.

Nita no le hizo caso.

—Miren, chicos —les dijo—, no quiero ponerme pesada. Si todos creen que Ariel debe ganar, por esta vez no voy a pelear. Pero de

una cosa estoy segura: la que ganó fui yo. Y además no soy tonta. Si me vas a pegar, no pienso darte la mano.

—Bueno, Nita, no molestes —le pidió Tito—. Ya sabes que no duele; es solo una palmada jugando. ¡Siempre lo hacemos así! El primero que cumple la consigna elige la que sigue, y el que no la cumple se aguanta la palmada.

—¡Es apenas un golpecito suave en la mano! —insistió Ariel—. ¡No duele nada!

—¡No, no y no! —porfió Nita—. Ya sé que es un juego y que no duele. Pero sí cumplí la consigna y la hice bien, aunque a mi manera.

Lucía estaba perdiendo la paciencia.

—¿Vamos a seguir mucho tiempo con esto? Dentro de poco tendremos que volver a nuestras casas, y todavía casi no jugamos. ¡Nos lo pasamos hablando!...

Lucas la apoyó:

—Sí, continuemos. Está bien, Nita... Por esta vez no te damos la palmada. Sigamos jugando. Ariel, te toca a ti.

Y Ariel comenzó:

—Al don, al don, al don Pirulero...

Ahí se produjo cierta confusión. Casi todas las voces dijeron:

—...al don Pirulero...

Pero hubo una voz, algo chocante, que dijo:

—...al don Firulete...

A estas alturas ya conoces a estos chicos y podrás imaginar quién era la dueña de esa voz. ¡Acertaste! ¡Nita! También todos sus compañeros sabían que era ella. Por eso, Ariel interrumpió el juego para corregirla:

—Nita, ¿acaso no sabes que se dice «don Pirulero»? ¿Te acuerdas de lo que nos enseñó la señorita Ema en el jardín?

—Sí, ya lo sé, Ariel, y no lo dije a propósito. Ni siquiera lo estaba pensando. Solo dije «Firulete» porque me salió así. Lo que pasa es que así lo decía cuando era chiquita, antes de lo que nos enseñó la señorita Ema. Lo dije sin pensar.

Pero justo en ese momento Nita calló. Y se puso a pensar. Hasta que dijo:

—Pero ahora que lo pienso... ¿saben una cosa? Creo que no tiene nada de malo. Cuando digo «Firulete» en lugar de «Pirulero» no estoy cometiendo ningún error grave, porque solamente estoy jugando. Nada más digo unas palabras mágicas. Como otras palabras que decimos cuando jugamos y contamos cuentos.

Y se puso a decir:

—¡Ábrete, Sésamo! ¡Pisa pisuela! ¡Osofetecolorete!

Los demás se rieron. Nita continuó hablando:

—Piénsenlo bien. ¿Qué quiere decir eso de «don Pirulero»? ¿Y qué tiene que ver eso de darle una palmada al que no cumple la consigna?

—Bueno, ¿y qué, Nita? —preguntó Tito—. Es una manera de jugar, nomás. Y a nosotros nos divierte.

—Claro, por supuesto, no hay problema. Pero me parece que si es un juego, uno puede decir tanto «Firulete» como «Pirulero».

Ariel, que estaba ansioso por elegir la siguiente consigna, los apresuró a seguir:

—Está bien, cada uno dirá lo que quiera, pero sigamos con el juego. ¡Al don, al don, al don Pirulero...!

—Cada cual, cada cual atiende su juego...

—Y el que no, y el que no...

—¡Una penitencia tendrá!

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Bueno, que cada uno traiga tres cosas redondas.

Los chicos salieron corriendo para todos lados. Lucas se agachó, buscó por el suelo y volvió enseguida con unas cosas en la mano.

—¡Miren! Tres piedritas redondas...

También Lucía llevó algo.

—Una pelota, una rueda, una tapa de lata.

Y Tito.

—Un globo, una semilla redonda y un balde.

Los demás se rieron. Ariel se adelantó a decirle:

—El balde no tiene nada de redondo, Tito. Creo que te ganaste la palmada.

Tito vio que se había confundido y estiró la mano para que le dieran la palmada de mentiritas.

Entonces todos comenzaron a mirar alrededor, buscando a Nita. ¿Dónde está?

¿Alguien la vio? No, nadie... Pero en unos momentos apareció. E hizo algo muy raro. Fue hasta donde estaba Ariel y se acurrucó en el piso, como enrollada.

—¿Qué te pasa, Nita? ¿Te duele la barriga? —quiso saber Lucía.

—No, para nada. Esta es la primera de las cosas redondas —explicó ella—. Redonda de las más redondas. Un bicho bolita. Y la segunda cosa no podría ser más redonda; la traje desde muy lejos. ¡Miren, allá en el cielo, la redondez de la luna!

Mientras todos se miraban con cara de asombro, Nita terminó:

—Y la tercera está acá.

Todos miraron para ver qué había en ese «acá». Era una latita alargada, que no tenía nada de redondo.

Enseguida Ariel trató de hablar:

—Basta, Nita; esta vez no hay vueltas. Te ganaste la palmada. Esa lata alargada no es redonda; es un cilindro. Y tampoco las otras cosas estaban muy bien que digamos. No trajiste ni un bicho bolita ni la luna; lo único que hiciste fue hablar de ellos.

—No sé por qué lo dices —respondió Nita—. ¿Acaso no vieron por acá un bicho bolita bien embolitado? Embolitado y boloso. Es dos veces redondo, porque es una bola y un bolo. Y la luna, amigos, tan grande y tan redonda allá en el cielo... ¿me van a decir que no la vieron?

Los amigos trataron de explicarle que sí, que habían visto la luna y todavía la estaban viendo. Pero que Nita no les había llevado la luna. Como dijo Ariel:

—Estaba en el cielo, y todavía sigue ahí.

Pero entonces Nita dijo algo que dejó a los demás sin respuesta:

—¿Y esa pelota? Estaba en el piso y todavía sigue ahí. Pero Lucía la trajo.

Tito intentó componer las cosas.

—Está bien. Te aceptamos el bicho bolita y la luna. Pero la latita es demasiado, Nita...

Nita sonrió:

—Esperen un poco, que todavía no terminé. No es la latita, es lo que está dentro.

En ese momento todos vieron que la lata no estaba vacía, sino llena de un líquido. Y enseguida intentaron explicar que el líquido no es redondo. La verdad, el líquido no tiene forma, es como gelatina: termina siempre con la forma del recipiente en el que está; dentro de una lata cilíndrica tiene forma de cilindro. Pero ninguna de estas explicaciones convenció a la astuta Nita, que contestó:

—No es el líquido; es lo que voy a hacer con él. Piensen un poco. ¿Por qué mis cosas son más divertidas? Todos ustedes eligieron

cosas listas para traer. Yo no. Yo traje cosas para hacer. Y las cosas que hace uno mismo siempre son mejores. Miren.

Con el líquido que había en la lata se puso a soplar burbujas de jabón. Fue lindísimo. Tito, Ariel, Lucía, Lucas, Nita, todos se reían y saltaban detrás de las burbujas que subían, volaban, estallaban, desaparecían. Al final, tuvieron que admitir que había sido una excelente idea. Tan buena que servía para perdonarle la palmada a Nita. Aunque Lucas se detuvo a explicarle:

—Pero tampoco vas a ser la que elija la próxima consigna, porque demoraste mucho y no llegaste primera.

—Ya lo sé. No me preocupaba ser la primera. Simplemente quería hacer algo yo misma. Algo que fuera nuevo y diferente.

Terminadas las explicaciones, quedaron perfectas las relaciones y pudieron volver a jugar sin más complicaciones.

¿Pero jugar a qué? ¿A la pinta? ¿A las escondidas? ¿Al quemado? ¿A la ronda?... Empe-

zaron todos a cantar y girar. A cantar y girar, girar, girar...

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis.
Seis y dos son ocho,
y ocho, dieciséis.
Y ocho, veinticuatro,
y ocho, treinta y dos.
Ánima bendita,
¡me arrodillo yo!

Se arrodillaron, pero dejaron de girar y siguieron solo cantando, porque si hacían la ronda arrodillados podían lastimarse.

Después jugaron a una especie de pinta en la que todos tenían que correr a sentarse en el suelo. Todos menos Nita, que fue a sentarse en un banco que había ahí cerca. Lucía le preguntó:

—¿No te vas a sentar?

—Ya me senté. Nadie me explicó por qué hay que sentarse en el suelo. Ustedes pueden

seguir; yo ya dejé de jugar. Me puse a pensar unas cosas y decidí parar para pensar mejor.

—Ay, Nita... —suspiró Lucas—. ¿Y ahora qué pasa?

—Es este asunto de que los demás nos manden, nos manden... y que nosotros hagamos lo que nos dicen. En casi todos los juegos siempre hay alguien que nos manda a hacer algo, y nosotros lo hacemos. Cumplimos la consigna o nos dan una palmada. O tenemos que arrodillarnos, o sentarnos en el suelo. Todo el mundo tiene la manía de mandar a los niños a hacer cosas, sin parar. Y nosotros siempre obedecemos, obedecemos, obedecemos, sin cansarnos. Pero empiezo a pensar que ahora me cansé.

Lucas estuvo de acuerdo.

—Sí, obedecer siempre no es muy bueno. Pero a veces nosotros también podemos mandar. No sé por qué te preocupas tanto por eso.

—Lo que me preocupa es ese asunto de que siempre hay alguien que manda y un montón de gente tiene que obedecerle.

—¡Pero todo el mundo lo hace!

Y ahí a Nita se le ocurrió otra idea.

—Eso es lo que dices tú, pero nadie puede asegurarlo. No sé... No conozco todo el mundo. Creo que voy a salir a caminar para conocerlo y averiguar.

Los demás se espantaron.

—¿Cómo? ¿Te vas?

Con aire un poco soñador, Nita explicó:

—No... Me voy, pero algún día volveré. Voy a hacer lo mismo que se dice en los libros: recorrer el mundo en busca de aventuras.

—¿Qué aventuras?

—No sé; si lo supiera, no serían aventuras. ¿O acaso viste alguna aventura programada, con hora y lugar conocidos de antemano? No, nada de eso. Voy a ir a ver qué pasa.

A los demás les pareció un poco raro, pero se despidieron con abrazos, adioses y besitos.

Nita empezó a caminar. Caminó, caminó, caminó hasta que encontró... No, no fue así.

Caminó, caminó, caminó hasta que la encontraron. Por supuesto que alguien debe haberla encontrado, porque de repente, en medio de un paisaje de bosque un poco mágico, ella oyó una voz:

—¡Eh, niña!...

Nita miró alrededor. Para un lado y para el otro también. No vio a nadie. Solo vio árboles bonitos e inmóviles, extraños, como si fueran dibujados. Como si ninguna brisa lograra nunca mover sus hojas. Pero también como si pudieran de golpe salir caminando solos, con piernas o con ruedas. Además, podían cambiar de color de pronto, a cada instante, con una luz diferente.

Desde lo alto de un árbol, la voz llamó de nuevo:

—¡Eh, niña!...

—¿Alguien me llamó?

Dijo la voz:

—Sí, te llamé.

Nita seguía buscando. Y preguntó:

—¿Quién es?

—Bueno, alguien... ¿Acaso no acabas de decirlo?

—Ah sí... Buen día, Alguien.

Solo entonces Nita descubrió quién le hablaba. Era un muñeco de madera, con una cara graciosa y divertida, encaramado en la rama de un árbol. Por eso le había costado verlo enseguida. Era todo verde: la cara, la ropa, el árbol, la luz de alrededor. Se hacía bastante difícil distinguirlo. Era como un sueño. Pero tenía aspecto simpático, así que Nita trató de ser muy amable:

—Señor mío, ¿qué es lo que está haciendo ahí?

—Estoy llamándote, claro... ¿Acaso no lo dijiste?

Nita oyó la respuesta como si la situación no le gustara. La actitud era simpática, pero todo era problemático. Broma, está bien... ¿Pero burla? ¡Eso sí que no! Contestó con tono peleador:

—Me está llamando, ¿no? ¿Qué es lo que desea?

En su cabecita, ya estaba preparada: «Cuando me responda, le diré que se quede con sus deseos, y si te he visto no me acuerdo».

Pero lo que oyó fue diferente:

—Todavía lo estoy pensando...

Nita perdió la paciencia.

—¡No es posible, señor! Usted es alguien, ¿no? Me llamó, ¿no es así? ¿Para qué me llamó? Usted habla complicado; ¡ponga un poco de orden!

—Te llamé para conversar —respondió el muñeco—. Pero como me pediste que te mandara y todavía no sé qué mandarte, lo estoy pensando.

Nita explotó.

—¡Usted está loco! ¡No soporto que nadie me mande! ¡Cómo iba a pedirle a alguien que me mandara...!

—¡Pero sí que me lo pediste! Haz memoria. Me llamaste «señor mío»; por lo tanto, esperabas

que te mandara. Y después, además, me pediste que pusiera orden.

—Me refería a orden de «ordenar», de organizar, no a orden de dar órdenes, de mandar. Y lo llamé «señor» para ser educada —explicó Nita—. Pero no volveré a llamarlo así. Punto, asunto terminado. Y, con su permiso, me voy, sigo mi camino.

El muñeco se apresuró a sacar conversación.

—¿Cómo? ¿Ya? Todavía no me dijiste tu nombre.

—No me lo preguntaste. Me llamo Nita. ¿Y tú?

Con una sonrisa toda verde, él respondió con la voz de caña hueca que deben tener todos los muñecos de madera (y que han tenido siempre, desde antes de que Pinocho se convirtiera en dibujo animado):

—Tequetén. Pero puedes decirme Tequetén.

—¿Cómo? Si te llamas Tequetén, ¿para qué me dices que puedo llamarte Tequetén?

—Justamente porque me llamo Tequetén.

¿Cómo quieres llamarme? Si me llamo Tequetén, todos deben decirme Tequetén.

Nita lo observó bien y resolvió que no iba a dejar pasar la burla así nomás. Como quien no quiere la cosa, continuó:

—Ah, claro... ¿Y qué es lo que haces, Metequetén?

—Me llamo Tequetén —corrigió él.

—¿No acabas de decirme: «Todos deben decir-me-Tequetén»? Bueno, te estoy llamando así. ¿A qué te dedicas, Metequetén?

Él se quedó mirándola. Verde, con el rabillo del ojo, desconfiado. Ella lo miró de la misma manera. De soslayo, medio de costado. Y los dos comenzaron a sonreír. Después, a reírse. Después, a soltar carcajadas.

—¿Sabes una cosa? —dijo Nita—. Eres igual a mí... A mí también me encanta jugar con las palabras. Reírme de los demás con las mismas cosas que dicen. Quedarme pensando en esas cosas que todos dicen todo el día sin siquiera pensarlas. Es divertido.

—Sí —afirmó Tequetén—. Pero hasta hoy nunca había conocido a nadie que tuviera esa misma manía.

—Yo tampoco —respondió Nita—. Me da la impresión de que vamos a ser muy buenos amigos.

—¿Quién te la va a dar?

—¿Dar qué?

—La impresión de que seremos buenos amigos —respondió Tequetén.

Nita advirtió que el juego iba a comenzar otra vez y le reprochó:

—Si seguimos así, nunca vamos a ser amigos. ¡Ni siquiera podemos conversar!

—Entonces hagamos un trato —propuso Tequetén—. Cuando no tengamos nada que hacer, o necesitemos ideas nuevas, o queramos divertirnos, jugaremos con las palabras. Pero cuando queramos conversar, escuchar lo que dice el otro, responderle y prestar atención a la respuesta, dejaremos este jueguito de lado.

—¿Del lado derecho o del revés?

Tequetén suspiró.

—¿Vas a empezar otra vez? Entonces te dejo hablando sola. Si todas las palabras tienen que ser a tu manera, ¡te las dejo a ti!

Medio enojado, el muñeco verde le dio la espalda y empezó a caminar despacio. Nita se arrepintió y lo llamó:

—No, Tequetén, ven. Discúlpame. No quiero pelear, acércate. Vamos a conversar. Tienes razón.

—¿Adónde ibas cuando te llamé? —quiso saber él, empezando la charla otra vez.

—No había elegido ningún lugar en especial. Voy caminando para conocer el mundo, ver cómo es, vivir aventuras, aprender cosas...

—¿Y ya aprendiste alguna?

—Creo que estoy aprendiendo ahora. En este mismo momento. Con todo lo que dijiste sobre las palabras para conversar con los demás y no quedarse hablando solo. Ahora estoy prestando atención a todo esto, para

pensarlo bien después, cuando llegue a casa. De noche, antes de dormir, cuando todo esté tranquilo. Y hablando de tranquilidad, dime una cosa: ¿acá es siempre así? Es decir, cuando yo no estoy, ¿no hay nadie más?

Tequetén le explicó que sí había: toda la familia de los Tequetenes. Nita aprovechó para preguntar si eran todos parientes de un tal José Terequetén, muy famoso en su tierra, donde incluso había una cancioncita que hablaba de él, así:

Don José Terequetén
saca el dolor de los pies
para pagarse el café...

Pero el amigo Tequetén aclaró que no tenía esos parentescos. Contó que su familia era toda de muñecos de madera y que nadie sufría de dolor de pies. A veces a alguno le dolía la cabeza, como si tuviera clavos... Pero de cualquier manera, ninguno tomaba café, eso podía asegurarlo.

Mientras conversaban iban caminando, hasta que llegaron a una gruta donde estaba durmiendo un muñeco igualito a Tequetén. Pero su luz era diferente. En vez de verde, era púrpura y esparcía destellos violetas alrededor. Tequetén lo presentó sin despertarlo:

—Ese es mi hermano, Tocotón. Está durmiendo; tuvo un accidente. Es muy atolondrado, anda siempre lastimado. Bueno, el mismo nombre te lo dice: ¡Tocotón! Se golpea en todas partes, rueda por las escaleras, se cae de cabeza, se da porrazos, se desparrama en el suelo...

Salieron. Volvieron a pasear por el campo, que de a poco fue volviéndose azul, mientras se oía un ruido: tucutún-tucutún-tucutún...

El ruido fue aumentando y Nita vio llegar a un muñeco igualito a Tequetén, pero con luz azul, galopando en su caballito de madera: tucutún-tucutún... No se inmutó cuando Tequetén lo presentó:

—Este es mi otro hermano, Tucutún. Se pasa los días de acá para allá, tucutún-tucutún,

montado a caballo y azuleando el mundo. Siempre va para adelante, no para un instante.

Después Tequetén hizo una pausa y miró alrededor, como buscando algo o a alguien, y dijo:

—Las chicas deben estar jugando por acá cerca. Dentro de poco aparecerán.

Nita aplaudió.

—¿Las chicas? ¡Viva! Quiero conocerlas y jugar con ellas. ¿Me dejarán?

Cuando la oyó, Tequetén soltó una carcajada. Se reía y hablaba:

—¡Esa sí que es buena! «¿Me dejarán?»... ¡Vengan acá! ¡Tacatán! ¡Tiquitín!

Cuando las llamó, las muñecas se acercaron.

Una, desde la izquierda, la otra, desde la derecha. Una, amarilleando todo. La otra, enrojeciendo el mundo. Cuando se aproximaron una a la otra, todo fue poniéndose anaranjado con la mezcla de sus luces. Enseguida Nita advirtió que el paisaje se ponía muy colorido, a medida que los hermanos se reunían.

Siempre riéndose, Tequetén contó:

—Chicas, esta es Nita, que quiere jugar con ustedes y pregunta —ahí casi se atragantó de la risa— si ustedes la dejan.

Tacatán y Tiquitín también se reían con sus risas amarillas y rojas. Nita se enojó.

—No le veo la gracia. Lo que están haciendo es muy feo, una falta de educación, cosa de tontos. Una maldad. Yo no les hice nada para que se rían de mí de esa manera. No me quedo más, me voy. No me interesa conversar con ninguno de estos locos.

Los tres hablaron casi al mismo tiempo:

—¡No, Nita, no te vayas!

—¡Quédate a jugar con nosotros!

—¡Nos caes muy bien!

Nita los miró asombrada, pensando que realmente eran medio locos. No lograba entenderlos. Primero se morían de risa de ella, después la llamaban para que se quedara. Tequetén le pidió disculpas:

—La culpa es mía; debería haberte explicado. Pero me resultó tan cómico... que al final no dije nada. Lo que pasa es que las chicas resolvieron hace mucho tiempo algo muy importante.

Tiquitín empezó a explicarle:

—Que se puede todo.

Tacatán completó:

—Sí, eso: todo se puede. Nadie manda, nadie obedece. No existe eso de pedir permiso o dejar que alguien haga algo. Por eso nos resultó tan cómico que nos preguntaras si te dejaríamos jugar... ¡Y justamente sí te dejábamos jugar!...

—¡Sí! —concordó Tiquitín—. Hacía tanto tiempo que no oíamos eso...

Y Tacatán, un poco sonrojada, la invitó:

—Ven a jugar con nosotras. Pero ven porque quieres, no porque alguien te deja. No es necesario que alguien te deje ¿entendido?

—Entendido. ¡Y me parece maravilloso! Entonces, ¿quieren decir que todo se puede?

Todos confirmaron:

—¡Sí, se puede!

Y empezaron a elegir a qué iban a jugar.

Tiquitín se quedó pensando. Los demás iban diciendo:

—¡Gallito ciego!

—¡Pinta!

—¡Ronda!

Cada uno dio una opinión diferente, claro. Por eso Nita no entendió cuando Tequetén dijo:

—Está bien.

Enseguida preguntó:

—¿Qué es lo que está bien?

—Está bien todo —respondió Tequetén—. ¿No aprendiste? Se puede todo. Tú juegas al gallito ciego, yo juego a la pinta, ella juega a la ronda, y Tiquitín todavía está pensando.

—Pero eso no se puede, Tequetén.

—¡Claro que se puede, Nita! Acá se puede todo, ¿o te olvidaste?

Nita tuvo que explicarse mejor:

—¿Cómo es que alguien puede jugar al gallito ciego solo? ¿O a la pinta? ¿O a la ronda? No se puede...

—Poder, se puede... —respondió Tequetén—. Es un poco soso, pero se puede. Nosotros siempre jugamos así. Y tiene que ser así. Porque nadie va a mandar que todos jueguen a lo mismo, ¿no?... Terminamos con eso de mandar y obedecer.

—No es cuestión de mandar —discutió Nita—. Pero podemos conversarlo y decidirlo juntos, ¿no les parece?

—Todo se puede.

—Entonces está bien. Primero, ya que estamos parados desde hace un rato, juguemos a la pinta.

Tequetén completó la propuesta:

—Cuando nos cansemos, podemos jugar al gallito ciego.

—Y después —continuó Tacatán—, a la ronda.

En ese momento, Tiquitín dio su opinión:

—Y por último, mi idea: en vez del gallito ciego, al cabrito topador.

Los otros muñecos dieron saltos de alegría. Y se pusieron a aplaudir.

—¡Viva! ¡Hurra! ¡Sí, eso! ¡Vamos a jugar al cabrito topador!

Como Nita dijo que no conocía ese juego, Tequetén se lo explicó. Era para jugar de a dos.

—Cada uno hace de cabrito. Viene corriendo hacia el otro y... ¡pumba! ¡Le da un cabezazo, bien de frente, con toda la fuerza!

No bien terminó de explicarlo, Tacatán y Tiquitín empezaron a jugar, para mostrarle cómo era. Hicieron un ruido tan fuerte que Nita se asustó. Entonces Tequetén la invitó a jugar con él. Y ella tuvo que rechazar la invitación:

—¡Espera, Tequetén! ¡Eso no se puede!

—Nita, ¡de nuevo te olvidaste! ¡Todo se puede!

Ella insistió:

—¡Esto no! ¡No se puede!

—Lo que no se puede es decir que no se puede —la retó Tequetén.

—¿Ah sí? Pero tú lo acabas de decir... —contestó Nita, riéndose.

Las hermanas del muñeco la apoyaron.

—Sí, Tequetén, tú lo dijiste...

El muñeco se asustó.

—¿Y ahora? Nita, ayúdame, por favor. Hice algo que no se puede.

A Nita hasta le pareció gracioso.

—Claro que se puede, Tequetén; no seas tonto. ¿Acaso ustedes no se lo pasan diciendo que todo se puede? Entonces puede haber algunas cosas que no se pueden hacer... lo que no se puede es tener esa idea estúpida de que todo se puede.

Tequetén empezó a enojarse.

—¿Estúpido? No sé por qué... conozco a una chica que hasta hace un momento decía que la idea le parecía maravillosa. Y está acá mismo, enfrente de mí.

Nita se mantuvo firme.

—¿Y con eso qué? La idea me parecía maravillosa, sí. Pero ahora veo que no lo es tanto. Y solo un estúpido se queda toda la vida porfiando con

la misma idea cuando ya ha visto que estaba equivocado. Esa idea parecía muy buena, pero ahora creo que no funciona. Primero, nos enredamos con un montón de «no se puede». ¿Sí o no?

Los muñecos admitieron que sí, pero Tequetén agregó:

—Sí, pero empezaste tú. Si primero no hubieras desobedecido...

—Un momentito —lo interrumpió Nita—. Ahora vienes con ese asunto de desobedecer, obedecer...

Tacatán decidió intervenir y preguntó:

—¿Quién te mandó a empezar?

—¿Ven? —dijo Nita—. ¡Ahora ella habla de mandar! Nadie me mandó a comenzar. Acá nadie manda a nadie. Yo empecé porque aquel juego no se podía. Ya sé que ustedes juegan a eso desde hace mucho, pero ahora estoy yo en el medio. Y yo soy diferente. Ustedes son muñecos: tienen la cabeza dura, de madera, así que no les duele ni les pasa nada. Pero la mía es una cabeza de persona. Si yo viniera corriendo de un lado y

Tequetén del otro y nos diéramos un cabezazo con todas nuestras fuerzas, yo me desmayaría. Y después ustedes irían a visitarme al hospital. Y no serviría de nada cantarme «Sana, sana, colita de rana» para que me curara más pronto.

Después de ese discurso con final musical, Nita se quedó mirando a los muñecos, avergonzados. Hasta que Tequetén dijo:

—Tienes razón... No habíamos pensado en eso. Pero ya me di cuenta de que debemos pensar en las cosas que se pueden y en las que no se pueden. Por ejemplo: algo que nos haga mal no se puede.

—Tampoco se puede algo que haga mal a los demás —completó Tiquitín.

—El que lo hace se equivoca —agregó Tacatán—. Los demás se pueden enojar con él. O si no, se queda solo, sin jugar con los otros, para que aprenda.

—Buena idea —dijo Tiquitín—. ¿Pero quién va a decidir todo lo que se puede y lo que no se puede? ¿Va a parecer un mandón?

—No, para nada —contestó Nita—. Ustedes llaman a Tocotón y a Tucutún, se juntan todos y conversan. Ya saben que lo que hace mal a los demás o a uno mismo no se puede. Entonces, eligen a uno o varios de ustedes para pensar en las principales cosas que no se pueden hacer. Y en lo que le pasará al que las haga. Después, todos conversan de nuevo para ver si están de acuerdo.

—Muy bien —aceptó Tacatán—. De esta manera no habrá ningún mandón único al que no queramos.

—O puede ser que haya algún mandón —completó Tequetén—. Pero podemos elegirlo nosotros. Y si no hace las cosas bien, lo cambiamos...

Hizo una pausa y agregó:

—¡Qué buenas ideas tienes, Nita! Vamos enseguida a reunir a todos los Tequetenes para hablar de esto. Aprendimos algo valioso contigo.

Pero Nita estaba pensativa.

—No. Creo que yo aprendí más con ustedes. Voy a tener que pensar en todo esto antes de ir a dormir. Pero estoy descubriendo que esto de conversar y discutir con los demás es algo muy bueno. Porque todos empiezan a tener ideas.

Todavía seguía pensativa mientras se despedía de los muñecos para continuar su viaje.

Y los Tequetenes, muy animados, fueron convocados sin tardanza. Empezaron a reunirse y discutir muchas cosas.

Cantando, Nita prosiguió su viaje, observando el paisaje.

El bosque terminaba, un lindo campo comenzaba. Nuestra Nita continuaba. Y fue oyendo, con asombro, muchas voces en un solo canto.

Se acercó un poco y vio a un grupo de gente reunida y ocupada. Aserruchando, martillando, clavando, pegando. Cargando tablas, transportando arena, apilando ladrillos, amontonando

piedras. Construyendo una casa. Y, al mismo tiempo, riendo y divirtiéndose. Cantando y silbando. Hombres, mujeres y chicos, de acá para allá, andando sin parar. Pero uno de ellos paró. Miró a Nita y la saludó:

—Buen día, niña. ¿Quieres ayudarnos?

—Sí, puedo ayudar —respondió ella—. ¿Qué están haciendo?

—Estamos haciendo una obra comunitaria, ¿no ves?

Nita pensó que sí, que lo veía y también lo oía. El zzzzzz de la sierra. El pum-pum-pum de los clavos y los martillos. El treque-treque-treque del serrucho. El splash-splash de la mezcladora de cemento. Y todo aquel cantar y conversar de la gente. Pero seguía sin saber qué hacían. Por eso repitió, sin esperar:

—¿Una obra comunitaria? Pero... ¿trabajan o están de fiesta?

El hombre le explicó:

—Las dos cosas: fiesta y trabajo. Y un poco de ingenio, también.

Entonces Nita ya no entendió nada.

—Ustedes me van a disculpar, pero si es trabajo no puede ser fiesta; eso lo sé muy bien. Nunca trabajé, pero lo sé. Cuando trabaja, toda la gente protesta, y el que es vivo lo evade. Creer que trabajar es divertido no es cosa de personas ingeniosas.

Al hombre le causó gracia. Se secó el sudor de la frente y dijo:

—¿Pero no estás viendo el trabajo? ¿Y la alegría de la gente?

—Sí, pero no entiendo.

El hombre llamó a la esposa y le explicó:

—Esta es Chela, mi mujer. Yo me llamo Juan. Queríamos vivir en una casa nueva, más confortable. Así que llamamos a los vecinos y a los amigos para que nos ayudaran. Y la construcción va viento en popa.

Chela exclamó, suspirando:

—¡No sabes lo contenta que estoy!

Nita se sorprendió.

—¿Y toda esta gente vino a trabajar gratis?

—Pregúntales a ellos —le contestó Juan.

Mientras Juan salía con una botella en la mano para llevarle a la gente que estaba más lejos, Nita se puso a conversar con Chela y con un hombre que se aproximó a ellas.

—¿Cómo es esto? ¿Cómo es que ustedes trabajan gratis y encima hacen una fiesta?

El hombre, que se llamaba Manuel, le explicó:

—Ah, pequeña, es así mismo, pero no del todo. Juan nos necesitaba. Nos llamó y vinimos. Cada uno trae sus herramientas y va ayudando como puede. Él invita y hace la fiesta. Trajo un lechón para el almuerzo, unas papas y otras cosas de la huerta, y compró unas bebidas. Resultó una linda fiesta...

—¿Pero ustedes trabajan solo por la fiesta?

—No, no es por la fiesta. Es porque hoy él nos necesita. El otro día fui yo el que los necesitó a todos para limpiar un terreno y poder sembrarlo. Otro día fue Antonio, que tenía que hacer un arreglo en su acequia y nos llamó a todos. Siempre estamos dispuestos a

ayudar, porque todos los días hay alguno que nos necesita.

—¿Y la fiesta? —quiso saber Nita, que era muy amante de los festejos y las novedades.

—Bueno, la fiesta también es de todos —continuó Manuel—. Invita el que nos llama. Pero es una verdadera fiesta porque estamos todos contentos.

—¿De trabajar?

—De trabajar juntos, conversando, contando anécdotas. De hacer cosas que son para nosotros mismos, no para llenarles el bolsillo a los demás. Cosas que van a mejorar nuestra vida.

A esas alturas, Juan ya se acercaba otra vez.

Él, Manuel y Chela dijeron casi al mismo tiempo:

—Es bueno y es divertido.

—Imagínate el comienzo, sin nada.

—No, sí hay cosas: la tierra, unas maderas, un montón de arena, agua, un poco de paja...

—Un horno para cocinar el barro de los ladrillos y de las tejas...

—El viento que sopla para secarlos...

—Y el sol ayuda...

—Un montón de gente mezclando y aserruchando...

—Martillando y clavando...

—Juntando y acomodando...

—Hasta que la casa queda lista para vivir.

—¿No te parece lindo? ¿No crees que merece una fiesta?

Nita se rio de alegría y aplaudió.

—¡Qué bueno! Nunca lo había pensado de esa manera... estoy aprendiendo muchas cosas. ¿Puedo participar yo también en esta obra comunitaria?

Por supuesto que podía. Y así Nita entró en el esfuerzo y en el canto. Alegre y contenta, junto con toda aquella gente. Fue una fiesta. Pero cuando terminó la jornada, comenzó a despedirse. Los nuevos amigos la invitaron:

—¿Ya te vas? ¿No quieres quedarte para el baile de la noche?

Nita respondió que no; ya tenía muchas ganas de reunirse con sus amigos y estaba ansiosa por contarles todas las cosas que había aprendido en el viaje. Pero prometió volver otro día, para ayudar en otra obra comunitaria. O, si algún día le hacía falta, los llamaría para trabajar juntos. Después de un montón de despedidas, siguió su camino, canturreando.

Al rato fue reconociendo el paisaje: estaba cerca de su casa. De pronto oyó una voz que la llamaba:

—¡Nita!

Prestó atención y reconoció la voz de Lucía.

Enseguida vio a la amiga que se aproximaba y le decía:

—¡Qué bueno que te encontramos! Salimos todos a buscarte. Voy a llamar a los demás. ¡Tito! ¡Ariel!

Los chicos se acercaron corriendo, contentos de ver a Nita, festejando con alegría el encuentro.

—¡Te extrañamos mucho! —dijo Ariel.

—Sí, Nita, no te imaginas cómo te extrañamos... —dijo Tito.

—Después de que te fuiste, todo se puso aburrido.

Y Lucas completó:

—¡Sí! Nadie andaba cuestionándolo todo, proponiendo ideas, viendo las cosas al revés. Todos pensábamos igual todo el tiempo. Era de lo más triste...

—Te extrañábamos tanto que decidimos intentar ser como tú —contó Lucía—. Y fue genial. Desde la última vez que jugamos al don Pirulero, volvimos a buscar tres cosas redondas.

—¡Y yo gané! —interrumpió Tito, muy orgulloso—. ¡Y ni te imaginas con qué! Con una estrella, una cosa alargada y una mueca. Ven, así te mostramos.

Mientras conversaban, se acercaban al terreno donde jugaban. Nita iba feliz entre los chicos, pensando e imaginando. ¿Cómo Tito podía haber inventado que una estrella, una cosa alargada y una mueca fueran cosas re-

dondas? Ni siquiera ella conseguía descubrir esa idea misteriosa. Pero pensaba que así el juego resultaba más divertido.

Llegaron. Los amigos juntaron unas cosas y corrieron de un lado a otro, gritando:

—¡Nita! ¡Fíjate cuántas estrellas se ponen redondas en nuestras manos!

Ella miró. Y vio remolinos de muchos colores, dando vueltas y vueltas, estrellas con puntas que se desdibujaban hasta quedar redondas.

Después Tito llevó un quitasol, también muy colorido. Enrollado y alargado. De repente se desenrolló y desalargó. Tito lo abrió, y lo largo se volvió redondo. Y mientras Nita pensaba que siempre le habían gustado las historias de cambios y que una de las cosas más divertidas del mundo es que todo está siempre cambiando y volviéndose diferente, se dio cuenta de que los otros chicos la rodeaban.

Hacían muecas cómicas y estiradas. Divertidas y encogidas. Alegres y diferentes.

Muecas que, de repente, comenzaron a parecerse. Y, como si fuera magia, empezaron a brotar de la boca de los chicos unos globos finitos y transparentes, de color rosa, perfumados. Nita soltó una carcajada cuando descubrió el misterio.

—¡Ah...! ¡Chicles! Así es como una mueca se vuelve redonda... Yo también quiero.

Después de haberse divertido bastante con todo eso, le preguntaron a Nita si ella también había llevado alguna cosa. Respondió que sí y les contó:

—Traje cositas y cosotas. Cositas como estas cintas, todas de distinto color, del país de los muñecos. El amarillo de Tacatán. El verde de Tequetén. El rojo de Tiquitín. El azul de Tucutún. El púrpura de Tocotón. Con ellas podemos hacer una trenza y soñar con un cambio.

Se detuvo un momento y continuó:

—También traje un baile y una linda canción. Los dos son un recuerdo del trabajo y el

festejo, de la alegría de las obras comunitarias. Traje cosas para pensar a la hora de irse a acostar, de esas que nos hacen movernos mucho en la cama hasta que las entendemos mejor. Pero son todos temas para conversar juntos.

Como los demás no entendían bien las cosas raras que contaba la amiga Nita, ella sonrió y añadió:

—La cosota que traje es la historia del paseo. Una historia que lo explica todo, con principio, fin y medio. Pero para poder jugar, la historia tiene que volverse redonda. Voy a cumplir todas las consignas del don Pirulero, pero no voy a aceptar la palmada. Eso sí, siempre a mi manera, inventando cosas nuevas.

Y mientras todos se sentaban en redonda rueda, Nita comenzó su historia. Que, como todas las cosas bien redonditas, no tiene un punto exacto donde empezar ni acabar, y puede muy bien terminar del modo en que la vimos comenzar:

«En la vereda, y escondiéndose por los fondos de las casas del barrio, un grupo de chicos y chicas jugaba después de comer.

El que pasaba por ahí a esa hora podía oírlos cantando:

—Al don, al don, al don Pirulero...».

La autora

Ana María Machado

Nació en Río de Janeiro. Antes de convertirse en una de las escritoras brasileñas más importantes de la actualidad, fue pintora, periodista y profesora universitaria. Su obra, de más de cien títulos, fue traducida en dieciocho países, con millones de ejemplares vendidos. Además de nueve novelas notables, entre las que se cuenta la aclamada *Sol tropical de la libertad*, ha escrito libros para niños. Entre sus numerosos galardones destacan el Premio Hans Christian Andersen —el más prestigioso de la literatura infantil— en 2000, y el Premio Machado de Assis, por el conjunto de su obra, en 2001. En 2003, fue elegida miembro de la Academia Brasileña de las Letras y en 2011, presidenta de esta institución. www.anamariamachado.com.

La ilustradora

Sol Díaz

Nació en Santiago de Chile, el 6 de marzo de 1985. Es autora e ilustradora de libros de humor gráfico, entre los que destacan la serie *Bicharracas*, *¿Cómo ser una mujer elegante?*, *La Zorra y el Sapo* y *Josefina y Manuel*.

En el ámbito infantil, es autora de tres cuentos —«Pancha la chancha», «Rey Maximiliano» y «Carlos cuadrado»—, además de ser la creadora de la serie de animación *Telonio y sus demonios*, parte del bloque de animación Zumbástico Fantástico, estrenado en Cartoon Network y transmitido por TVN.

Colofón

Este libro fue impreso en la primavera
de 2018 en Salesianos Impresores S.A.,
en Santiago de Chile.

Se utilizó en este libro para títulos y textos
la tipografía chilena Andes.

Planeta Azul

desde
8 años

Todos los juegos tienen sus normas. La gracia está en cumplirlas; aunque no para Nita, que prefiere idear reglas nuevas cada vez. Con ella, los juegos de siempre se reinventan día a día. ¿La acompañamos en este viaje?

www.planetalector.cl

9 789569 962646